

ISSN: 0213-2060

LA CRUZADA PARTICULAR DE UN MAESTRE DE LA ORDEN DE ALCÁNTARA (1394)

The Private Crusade of a Master of the Order of Alcantara (1394)

José Enrique LÓPEZ DE COCA CASTAÑER

Depto. de Arqueología e Historia Medieval. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Málaga. Campus Universitario de Teatinos. E-29071 MÁLAGA. C. e.: jelopezd@uma.es

Recibido: 2011-11-18

Revisado: 2012-06-19

Aceptado: 2012-07-04

BIBLID [0213-2060(2012)30;175-195]

RESUMEN: Historia de la expedición contra el reino nazarí de Granada dirigida por Martín Yáñez de Barbudo, maestre de la orden de Alcántara, en la primavera de 1394. El desafío que el maestre envió al emir Muhammad VII, en contra de la voluntad del rey Enrique III. La estancia de Martín Yáñez en la ciudad de Córdoba: la expedición caballeresca se convierte en un movimiento de masas. El último intento de evitar la guerra: la entrevista del Maestre con los hermanos Alonso y Diego Fernández de Córdoba en Alcalá la Real. La matanza de Puerto Lope. Leyendas sobre Martín Yáñez de Barbudo. La aventura del maestre de Alcántara y las cruzadas populares.

Palabras clave: Maestre de Alcántara. Granada. Guerra privada. Cruzada popular. Año 1394.

ABSTRACT: This is about the history of the expedition led by Martín Yáñez de Barbudo, master of the Order of Alcantara, against the Nasrid Kingdom of Granada in spring 1394. The challenge the Master issued to the emir Muhammad VII against King Henry's will. The stay of Martín Yáñez in the town of Cordoba: the chivalrous expedition turned into a movement of masses. The last attempt to avoid war: the meeting of Alonso and Diego Fernández de Córdoba with the Master by the frontier. The killing of Puerto Lope.

Legends about Martín Yáñez de Barbudo. The adventure of the master of Alcantara and the popular crusades.

Keywords: Master of Alcantara. Granada. Private war. Popular crusade. Year 1394.

SUMARIO: 0 Introducción. 1 Datos para una biografía de Martín Yáñez de Barbudo. 2 El desafío del maestre de Alcántara. 3 El Maestre en Alcalá la Real. 4 El desastre de Puerto Lope. 5 Las consecuencias diplomáticas. 6 Nace una leyenda. 7. Conclusión: ¿fue una cruzada popular?

0 INTRODUCCIÓN

La expedición del maestre Martín Yáñez de Barbudo contra Granada en la primavera de 1394 es uno de los episodios más sorprendentes y cruentos en la historia de la frontera andaluza. Todavía hoy confunde a los historiadores que se han ocupado del asunto y dan por hecho cosas que distan de estar claras. Máxime si el tema en cuestión ha sido abordado de manera tangencial en diferentes trabajos y no monográficamente¹.

Me propongo revisar todo lo que sabemos acerca de esta incursión militar, comenzando por la biografía de su más destacado protagonista. También me interesa discutir los detalles del desafío lanzado por el Maestre al emir de Granada, Muhammad VII, y la respuesta de este. Me ocuparé del revuelo que provocó la llegada de Martín Yáñez a la ciudad de Córdoba y las consecuencias que tuvo para el desarrollo posterior de la expedición. Quiero llamar la atención sobre algunas de las fuentes utilizadas por Pero López de Ayala para narrar el desarrollo de la empresa y su fatal desenlace. La repercusión popular que tuvo la derrota del Maestre se pone de manifiesto en la leyenda, o leyendas, que surgen en torno a su figura. Finalmente, me pregunto hasta qué punto la aventura de Martín Yáñez de Barbudo puede considerarse una muestra, o ejemplo, de lo que se ha convenido en llamar *cruzadas populares*. Albergó ciertas dudas que no tuve cuando me planteé por vez primera esta cuestión, hace ya muchos años.

En el curso de los tres últimos lustros ha aumentado la producción bibliográfica sobre la orden de Alcántara, como se verá en las páginas que siguen. En cuanto a la

* Abreviaturas utilizadas: Archivo General de Simancas (A.G.S.); Archivo Municipal de Burgos (A.M.B.); Archivo Municipal de Sevilla (A.M.S.); Biblioteca de Autores Españoles (B.A.E.); Colección de Documentos Inéditos (Co.Do.In.); Real Academia de la Historia (R.A.H.)^a

¹ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio. «De la toma de Algeciras a la campaña de Antequera». *Hispania*, 1972, vol. 120, pp. 89-94 en particular; LADERO QUESADA, Miguel Ángel. «Los portugueses en la frontera de Granada». *En la España Medieval*, 2000, vol. 23, pp. 75-85 en especial; AYALA MARTÍNEZ, Carlos de. «Órdenes militares y frontera en la Castilla del siglo XIV». *En la España Medieval*, 2000, vol. 23, pp. 279-282; del mismo autor, *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XVI)*. Madrid, 2033, pp. 466-469; NOVOA PORTELA, Feliciano. «Órdenes militares y batallas perdidas». *Norba. Revista de Historia*, 2007, vol. 20, pp. 129-141; RODRÍGUEZ PICAVEA, Enrique. *Los monjes guerreros en los reinos hispánicos. Las órdenes militares en la Península Ibérica durante la Edad Media*. Madrid, 2008, pp. 207-208.

publicación de fuentes, hay que destacar la nutrida colección documental editada bajo la dirección de Bonifacio Palacios Martín². Pero son las crónicas, una vez más, las que nos proporcionan el hilo conductor de los acontecimientos. Incluso sus defectos –los cronistas se ocupan preferentemente de todo lo que concierne a la elite política y a la interacción entre sus miembros– son virtudes aquí.

La fuente básica sobre la malhadada expedición alcantarina es la *Crónica de Enrique III*, del canciller Pero López de Ayala. Me he servido de la edición a cargo de Constance L. Wilkins y Heanon M. Wilkins, que cotejo de vez en cuando con la edición, más antigua, de Cayetano Rosell³. La *Continuación de la Crónica de España de Jiménez de Rada*, de Gonzalo de la Hinojosa, es anterior a 1430 y nos ofrece una visión algo diferente de la derrota y muerte del Maestre a manos de los granadinos⁴. Añádase el *Cronicón Cordubense* de Fernando Salmerón, escrito en 1433, que contiene un párrafo revelador sobre el paso de Martín Yáñez de Barbudo por Córdoba, camino de la frontera⁵.

Algunas obras históricas de los siglos XVI y XVII se ocupan también de esta «cruzada», pero con resultados desiguales. Barrantes Maldonado (1541) sigue fielmente el relato de López de Ayala, que resume, y no deja de echar una ojeada a la *Crónica* de Gonzalo de la Hinojosa⁶. Tres décadas más tarde el caballero calatravo Francisco de Rades y Andrada publicaba una crónica de las tres órdenes militares españolas, que contiene datos útiles para nuestro propósito⁷. Alonso de Torres y Tapia, prior de Alcántara en 1622, escribió una historia de la Orden que no vería la luz de la imprenta hasta 1763. Haciendo caso omiso de las dudas que existen sobre la paternidad de esta obra –es posible que otros autores colaboraran con frey Alonso–, lo cierto es que en ella se incluyen numerosos documentos hoy perdidos. La crónica nos ofrece, además, algunas disquisiciones no siempre acertadas y un relato de la expedición tan rico en detalles a pesar del tiempo transcurrido que infunde sospechas⁸. Para concluir, parece que Gil González

² PALACIOS MARTÍN, Bonifacio (dir.). *Colección diplomática medieval de la Orden de Alcántara, 1157?-1499. I: De los orígenes a 1454*. Madrid, 2000.

³ *Coronica de Enrique III*, edition and study by Constance L. Wilkins and Heanon M. Wilkins, Madison, 1992. Año 1394, caps. VIII-XIII, pp. 77-80. La edición de Cayetano Rosell en B.A.E., t. LXVIII, Madrid, 1953, pp. 221-224.

⁴ Publicada en Co.Do.In., t. CVI, pp. 105-106. Aquí utilizo el original conservado en la Universidad de Sevilla: *Crónica de España por el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jiménez de Rada, traducida al castellano y continuada por Don Gonzalo de la Hinojosa, Obispo de Burgos, y después por un anónimo hasta 1430*. Fondos digitalizados de la Universidad de Sevilla, consulta hecha el 7 de julio de 2010.

⁵ LOMAX, Derek W. «El *Cronicón Cordubense* de Fernando de Salmerón». En *la España Medieval. Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó*, 1982, vol. 2, pp. 595-641 (637). Reproduce el texto AYALA MARTÍNEZ, «Órdenes militares y fronteras», pp. 279-280.

⁶ BARRANTES MALDONADO, Pedro. *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, edición de Federico Devis Márquez. Cádiz, 1998, pp. 275- 276. Destaca que entre los caídos estaban don Juan Ponce de León y el caballero Hernando de Mera, dato extraído de la obra de Gonzalo de la Hinojosa.

⁷ RADES Y ANDRADA, Francisco de. *Crónica de las tres órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara*. Toledo, 1572. Utilizo la edición facsímil de Barcelona, El Albir, 1980.

⁸ TORRES Y TAPIA, Alonso de. *Crónica de la Orden de Alcántara*. Madrid, 1763, 2 vols. Utilizo aquí la ed. facsímil aparecida en Mérida-Trujillo-Alcántara, 1999. Sobre el proceso de redacción de la crónica alcantarina, véase MUÑOZ GALLARDO, Juan Antonio. «Frey Alonso de Torres y Tapia, ¿fue el único autor de la Crónica de la Orden Militar de Alcántara?». *Revista de Estudios Extremeños*, 1973, vol. 29, pp. 177-188.

Dávila utilizó el manuscrito de Torres y Tapia en la semblanza que ofrece del Maestre, pero sigue a López de Ayala al tratar de los motivos de la expedición, el desarrollo de la misma, el desenlace y sus consecuencias diplomáticas⁹.

El cronista portugués Fernão Lopes, Pero López de Ayala y Fernando Salmerón se refieren al maestre de Alcántara como Martín Annes (o Yáñez) de Barbudo, si bien el primero utiliza en dos ocasiones, al menos, la variante Martín Añes (Hanes) de Barvuda. Gonzalo de la Hinojosa y otros autores castellanos del siglo xv escriben «Martín Yanes de la Barvuda» o «Martinianes de la Barbuda». Esta versión es la que consagra Francisco de Rades y Andrada. Pero Alonso de Torres y Tapia mantuvo la primera, que es la más difundida actualmente¹⁰.

1 DATOS PARA UNA BIOGRAFÍA DE MARTÍN YÁÑEZ DE BARBUDO

Pero López de Ayala incluye a «Martín Yáñez de Barbudo, freyre de la Orden Davis, que tenía a Monforte», entre los caballeros portugueses partidarios de Juan I de Castilla en 1384¹¹. Tras su victoria en Aljubarrota, el 14 de agosto del año siguiente, el maestre de Avis recuperó muchas villas y fortalezas que estaban por su rival, «ca los que las tenían, los unos eran muertos en la batalla, e los otros las desampararon»¹². Entre los segundos estaba nuestro caballero, según refiere el cronista Fernão Lopes: «e Martin Añes de *Barvuda* que tinha o castillo de Monforte, como soube que a batalha era vençida loguo o desamparou e foise»¹³.

En la batalla de Aljubarrota el maestre de Alcántara, don Gonzalo Núñez de Guzmán, se encargó de proteger la retirada del ejército castellano. Esto le supuso el maestrazgo de Calatrava, que estaba vacante desde la muerte en aquella lid de su maestre Pedro Álvarez Pereira. Su sustituto al frente de la milicia alcantarina fue Martín Yáñez de Barbudo¹⁴. Un documento prueba que el susodicho era maestre de la orden de Alcántara y «Merino Mayor entre Tajo y Guadiana» el 17 de septiembre de 1385¹⁵. Pero, a tenor de lo que dice la copia de otro documento, firmado en Alcántara, a 9 de enero de 1385, el portugués ya ejercía ambos oficios en esta fecha. Leemos en él que «frey Martín Anes de

⁹ GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Historia de la vida y hechos del rey don Enrique Tercero de Castilla*. Madrid, 1638, pp. 101-103.

¹⁰ Documentos de la cancellería pontificia lo llaman «Martin Iohannis de Barbudo» o «Iohannis de la Barbuda». Por su parte, Rodríguez de Almela lo presenta como «don Martiayes de Alcantara». *Infra*, notas 81, 66 y 54, respectivamente.

¹¹ LÓPEZ DE AYALA, Pero. *Crónica de Juan I*, edición de Cayetano Rosell, B.A.E., t. LXVIII. Madrid, 1953, p. 91.

¹² *Ibidem*, p. 106.

¹³ LOPES, Fernão, *Crónica de D. João I*, edición de M. Lopes de Almeida e A. de Magalhães Basto. Oporto, 1983, vol. II, p. 160.

¹⁴ Cf. LÓPEZ DE AYALA, *Crónica de Juan I*, p. 105.

¹⁵ Se trata del capítulo de la Orden convocado por el nuevo maestre para aprobar y confirmar lo acordado en otro celebrado el 1 de mayo anterior, presidido por el maestre Gonzalo Núñez de Guzmán, para que los frailes pudieran legar la mitad de sus bienes a sirvientes. PALACIOS MARTÍN, *Colección diplomática de la Orden de Alcántara*, I, doc. 718, pp. 499-502.

Barvudo, por la gracia de Dios maestro de la caballería de la Orden de Alcántara e Merino Mayor en Tajo e Guadiana por nuestro sennor el rey don Iohan, rey de Castilla et de Portugal», tuvo a bien aprobar ciertos privilegios que le había hecho llegar el concejo de Morón¹⁶. Alonso de Torres y Tapia, que utilizó la versión original de este documento, advierte al lector: «No he tenido razon qué día y mes, y assi no los digo»¹⁷. Aunque la fecha en cuestión tampoco concuerda con el testimonio de López de Ayala, ha sido aceptada por algún autor moderno¹⁸.

A esta discrepancia cronológica —que probablemente no es tal, sino un error de copia— habría que añadir nuestro desconocimiento de los servicios prestados por Martín Yáñez de Barbudo al rey de Castilla y la consideración que el monarca le tenía. Según Francisco de Rades y Andrada, era clavero de la orden de Avis, así que su promoción al maestrazgo de Alcántara no deja de ser comprensible: ambas órdenes compartían una misma regla inspirada en el Císter. En cuanto a su nombramiento como merino mayor, no tardaría en demostrar que la confianza del rey en su persona estaba más que justificada.

El 2 de octubre de 1385 el condestable Nuño Alvares Pereyra invadía la Extremadura castellana al frente de 800 hombres de armas y 6.000 peones. Para combatirle se juntaron los maestros de las tres órdenes militares con don Juan Alfonso de Guzmán, conde de Niebla, don Alvar Pérez de Guzmán, «e los caballeros de Cordoba, e muchos otros señores e caballeros e peones de la Frontera»¹⁹. Fernão Lopes limita los efectivos portugueses a 1.500 lanzas y 2.000 peones e incluye una relación más extensa de caudillos castellanos que la ofrecida por Ayala: aparte del conde de Niebla y los maestros de las órdenes militares, aparecen el conde de Medina, Gustavo de la Cerda; Pero Ponce de León, señor de Marchena; Alonso Fernández de Aguilar y sus hermanos Diego y Gonzalo; Martín Fernández de Portocarrero; «e os Vinte e Quatro de Sevilla com o pendao da cidade» y la gente llana de Andalucía²⁰.

¹⁶ GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel. «Privilegios de los maestros de Alcántara a Morón de la Frontera». *Archivo Hispalense*, 1987, vol. 214, doc. n.º 5 del Apéndice, pp. 34-36. Incluido, con la data mensual entre signos de interrogación, en PALACIOS MARTÍN, *Colección diplomática de la Orden de Alcántara*, I, doc. 717, pp. 497-498.

¹⁷ Estando Martín Yáñez en Alcántara, en 1385, mandó dar una carta confirmando los privilegios concedidos a Morón por anteriores maestros. Se trata, pues, del mismo documento cuya copia publica Manuel González Jiménez. Cf. *Crónica de la orden de Alcántara*, II, pp. 166-167.

¹⁸ Feliciano Novoa Portela situó inicialmente la toma de posesión de Martín Yáñez como maestro entre mayo y septiembre de 1385. Cf. «La Orden Militar de Alcántara y la monarquía castellana durante los primeros Trastámaras (1369-1390)». *Anuario de Estudios Medievales*, 2004, vol. 34/1, pp. 92-93; en particular nota 58. En relación con la vuelta de la villa de Morón al señorío alcantarino, escribe posteriormente: «La primera noticia de que [Morón] estaba otra vez en manos de la Orden es de 1385, probablemente en el mes de enero, cuando el maestro [...] Barbudo confirmaba a la villa privilegios de sus antecesores». NOVOA PORTELA, Feliciano. «La encomienda de Salvatierra de la orden de Alcántara (siglo xv)». En FERNANDES, Isabel Cristina F. (coord.). *As ordens militares e as ordens de cavalaria entre o Occidente e o Oriente. Actas do V Encontro sobre Ordens Militares (15-18 de Fevereiro de 2006)*. Palmela, 2009, p. 769. Mantiene esta opinión en NOVOA PORTELA, «Órdenes militares y batallas perdidas», p. 137.

¹⁹ Cf. LÓPEZ DE AYALA, *Crónica de Juan I*, p. 106.

²⁰ Cita a «D. Martin Hanes de Barvuda, natural de Portugal» como maestro de Alcántara e incluye a otros caballeros lusos: Fernando Gonçalves y Gonzalo Ruiz de Guzmán. Cf. LOPES, *Crónica de D. João I*, II, pp. 140-141.

El condestable Nuño Alvares cruza la frontera por Elvas y llega a Parra el 4 de octubre, sin encontrar resistencia. En este punto aparece el maestre «don Martin hanes de Barvuda», que estaba a media legua de allí, en el castillo de Feria, con 300 lanzas. El alcantarino hace un amago de ir sobre las bestias que forrajeaban y Pereira le obliga a retirarse²¹. En los días que siguen, el maestre de Alcántara intenta sorprender a sus contrarios en varias ocasiones: mientras estos seguían la vega que va de Feria a Zafra, a la altura del puerto de Magacela y, luego, de Villanueva de la Serena²².

El ejército castellano salió al encuentro de la fuerza expedicionaria lusa, cerca de Valverde, el 14 de octubre. Los peones de Castilla, muy numerosos, apretaron de tal modo a los de Portugal, que estos, desanimados, empezarán a rendirse y pasarse al otro bando. Pero, escribe López de Ayala, la desesperación hizo que los portugueses acometieran a sus adversarios «en alguna partida, que les non tovieron rostro, e se volvieron»²³. El maestre de Santiago, don Pero Moñiz, acudió al rescate con tan mala fortuna que, habiéndole herido el caballo, cayó a tierra y fue muerto²⁴. El desconcierto se apodera de los otros caudillos al ver huir a los santiaguistas, en su mayoría gentes de concejos y labradores del señorío del maestre. Fue entonces cuando Martín Yáñez de Barbudo propuso al conde de Niebla que cada uno atacase por un lado a los portugueses: como eran pocos y estaban cansados, podrían desbaratarlos. Y, sin esperar respuesta, se lanzó sobre la retaguardia de Nuño Alvares para arrebatarse sus bagajes²⁵. Pero don Juan Alfonso de Guzmán y los otros señores optaron por retirarse acompañados por los caballeros veinticuatro de Sevilla, con el pendón y la milicia de la ciudad²⁶.

Fernão Lopes se siente obligado a justificar la atención prestada a los hechos del maestre de Alcántara: «e nomeamos ele mais que os outros, porque ele primçipalmente era e que fazia fazer estas esporadas»²⁷. Parece celebrar que Martín Yáñez de Barbudo fuese el único que hostigaba al condestable Nuño Alvares en su avance por tierra extremeña. Pero la postura del cronista es ambivalente: el maestre de Alcántara es portugués, pero se ha desnaturalizado, ha abandonado a su gente por la de Castilla, la cual no termina de aceptarlo. En este sentido, refiere que el conde de Niebla no secundó la iniciativa de Martín Yáñez en Valverde porque un escudero de su casa le disuadió para que no lo hiciera. Al parecer, le dijo: «E como no sabeis vos que o Mestre de Alcantara he chamorro e

²¹ *Ibidem*, p. 143.

²² La última vez estuvo todo el día a la vista del conde, sin acercarse por el miedo que le tenía. *Ibidem*, cap. LIV.

²³ LÓPEZ DE AYALA, *Crónica de Juan I*, p. 106. El punto de vista portugués es otro: Nuño Alvares y los suyos lograron pasar porque los castellanos se habían reunido solo «por fazer alardo e poer espamto». Hubo, no obstante, escaramuzas con el maestre de Alcántara. Cf. LOPES, *Crónica de João I*, p. 147.

²⁴ Según Fernão Lopes le cortaron la cabeza, «que depois trouvarao a Portugal».

²⁵ Cf. LOPES, *Crónica de D. João I*, II, cap. LVI.

²⁶ López de Ayala añade que los portugueses se fueron a su tierra sin llevar «presa de ganados nin otros robos», *Crónica de Juan I*, p. 116. Un parco consuelo para quienes volvieron de Valverde llenos de vergüenza. Valga la muestra siguiente: el 30 de marzo de 1386 el concejo sevillano ordena a su mayordomo que descunte 3.000 maravedís al arrendador de la renta de la carne «por la gente que menguó en la çibdad quando fueron a Valverde con el pendón de Sevilla, de lo qual recreció deshonra a los que allá fueron e pérdida a la dicha renta». A.M.S. Papeles de Mayordomazgo 1384-1386, n.º 105.

²⁷ Cf. LOPES, *Crónica de D. João I*, II, p. 145.

traz aly muitos parentes e amigos e quereis vos reger per seu dito em tal feito como este? Digouvos que de meu conselho hao vos poerees em tal aventura»²⁸.

En 1389, una vez asentadas paces con Portugal, nuestro Maestre entró con sus caballeros en la Vega granadina, mientras que el maestre de Calatrava hacía lo mismo por otra parte. El éxito conseguido les anima a juntarse y volver por segunda vez, llegando hasta las puertas de Granada. Según Torres y Tapia, pretendían provocar a los musulmanes para que salieran a pelear con ellos. Pero el emir lo impidió porque, receloso de sus súbditos a causa «de los vandos y guerras civiles que traían entre sí», sospechaba que algunos de ellos podrían haber llamado a los cristianos en su ayuda²⁹.

Es poco probable que se produjera una acción de este tipo en la fecha indicada, viviendo aún el emir Muhammad V. Ni siquiera hay constancia de disensiones internas en Granada en aquel momento. Es posible que se trate de una invención con objeto de mostrar que el maestre de Alcántara tenía experiencia en la guerra con el moro. Este había probado con anterioridad que era cauto, o prudente, cuando la ocasión lo requiriera, y decidido, o arrojado, en el momento oportuno. Unas cualidades que, según veremos, brillan por su ausencia en la jornada de Granada³⁰.

2 EL DESAFÍO DEL MAESTRE DE ALCÁNTARA

En 1394, estando el rey Enrique en la tierra de Madrid, llegó a él un mensajero del maestre de Alcántara y, tras entregarle sus cartas de creencia, le dijo de parte de su señor cómo este, «por la fe de Ihesu Christo e por su amor», había requerido al emir de Granada para que reconociera «que la fe de Ihesu Christo era santa e buena e que la fe de Mahoma era falsa e mintrosa». Advirtiéndole que, si no estaba de acuerdo con esto, «quel se combateria con el e con los quel quisiese con la auantaja de la mitad mas, en gisa que si los moros fuesen dozientos, quel maestre e los christianos con quel auia de combatir fuesen çiento, e asi fasta mill o los quel quisiese de cauallo e de pie». Dos escuderos del Maestre habían ido con este requerimiento —que más parece un cartel de desafío— a Granada, donde el emir los prendió y les hizo «mucha deshonrra». Por este motivo el Maestre había decidido ir allí personalmente «a leuar su demanda adelante», no sin antes poner al monarca al corriente de sus intenciones³¹.

²⁸ *Ibidem*, p. 152. Que sepamos, el Maestre tenía un hermano y varios primos. Su hermano, Bartolomé Sánchez de Barbudo, fue lugarteniente de merino mayor; su primo, frey Vasco Martínez (o Martín) de Barbudo, aparece como comendador mayor de las posesiones alcantarinas en León; otro primo, Gil Vázquez de Barbudo, fue tenente de Campomayor tras su ocupación temporal en 1386; tenía un hijo llamado Vasco Gil de Barbudo. Hay que tener en cuenta, además, a algunos hidalgos portugueses que, habiendo seguido al rey de Castilla, se trajó consigo Martín Yáñez «con título de deudos», para asentarlos en Alcántara. LOPES, *Crónica de D. João I*, II, p. 297; TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, pp. 166-168 y 170.

²⁹ TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, t. II, pp. 172-173. El autor se apoya en ciertos «memoriales antiguos» y en la obra de Francisco de Rades.

³⁰ Cabría aceptar que el maestre tenía experiencia en la guerra del moro si fuera correcta la fecha otorgada al documento citado en nota 62.

³¹ Cf. *Coronica de Enrique III*, cap. VIII, p. 77.

No es cierto que Martín Yáñez de Barbudo escribiera al rey sobre este particular³². La *Crónica de Enrique III* no deja lugar a dudas sobre la transmisión verbal del mensaje. En la edición de Cayetano Rosell leemos que el mensajero «dio al Rey cartas de creencia del Maestre, e le dixo que dicho Maestre le facía saber [...]». La edición de los Wilkins, precisa más: «e dio al rey cartas de creencia del dicho maestre e por la creencia le dixo quel maestre le fazía saber [...]»³³.

Se entiende el trato descortés dispensado a los dos escuderos enviados por el Maestre a Granada si contemplamos el incidente desde la perspectiva del derecho musulmán. Cualquier infiel podía entrar en tierra islámica sin ser molestado, a condición de que dispusiera de un permiso especial, *aman*, que le permitía viajar o residir en dicho territorio por un período limitado de tiempo. Si el visitante declaraba que traía un mensaje para el gobernante, en tal caso se le permitía llegar a él sin salvoconducto, pues poseía inmunidad diplomática. Del *musta'min*, o portador de un salvoconducto, se esperaba que respetara las creencias y prácticas religiosas de los musulmanes, y que se abstuviera de decir o hacer algo que pudiera ser considerado como falta de respeto al Islam³⁴. Ignoro si los escuderos alcantarinos contaron o no con inmunidad diplomática. Eso sí, llevaban credenciales y un requerimiento para el emir en el que se injuriaba a la fe islámica³⁵.

El Rey y sus consejeros se alarmaron al saber lo que el maestre «queria fazer al rey de Granada». Las treguas con Muhammad VII habían sido renovadas recientemente y como Martín Yáñez era vasallo del monarca, «yendo por su cuerpo e con conpannas al regno de Granada que las treguas se quebrantauan, lo qual non era conplidero al servicio del rey». De ahí que el monarca decida enviarle cartas y mensajeros para que desista de su descabellado propósito. Cuando estos «llegaron al maestre de Alcantara, fallaronlo partido de Alcantara e que yua camino de Cordoba con trezientas lanças e mill omes de pie, e leuaua una cruz alta en una vara e su pendon çerca de la cruz». Una vez leídas las cartas del rey, el Maestre declara que las obedece «comme de su sennor», pero rehúsa retroceder porque, al concernir su empresa a la fe cristiana, «seria grannt deshonorra de tornar la cruz atrás e non leuar adelante lo que auia començado». Concluye el cronista: «E non dexo de yr su camino [...]»³⁶.

³² MITRE FERNÁNDEZ, «De la toma de Algeciras», p. 91; LADERO QUESADA, «Los portugueses en la frontera», pp. 77-78. No es el caso de AYALA MARTÍNEZ, «Órdenes militares y frontera», p. 279.

³³ Cf. *Coronica de Enrique III*, p. 221. Para la edición de Constance y Heanon Wilkins, *supra*, nota 32.

³⁴ KHADDURI, Majid. *War and Peace in the Law of Islam*. Baltimore, 1955, cap. XV, pp. 163 y 166.

³⁵ Torres y Tapia pone en boca de los mensajeros que si el emir «preciaba su Religión esta empresa era muy conforme a ella, siendo así que su defensa no se reduce a razones sino a armas, como enseña su Alcoran». La embajada causó gran turbación entre los ulemas y faquíes, quienes, al exagerar el caso, hicieron que el emir mandara prender a los embajadores y maltratarlos, «sin guardarles el seguro que en todas las materias se debe a los que vienen a las Cortes de los Príncipes, inviados de otros». TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, p. 176. Un texto anónimo castellano del siglo XVI dice que los emisarios alcantarinos fueron maltratados. CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata. «La Historia de la Casa Real de Granada. Anónimo castellano del siglo XVI». *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 1957, vol. VI, p. 34. En 1638 González Dávila escribe que «la respuesta que dieron a los Embaxadores fue assentarles bien la mano». GONZÁLEZ DÁVILA, *Historia de la vida y hechos del rey don Enrique Tercero*, p. 101.

³⁶ Cf. *Coronica de Enrique III*, año 1394, cap. IX. Frey Alonso de Torres da a entender que el Maestre respondió con el consabido «se acata pero no se cumple» de los concejos de los siglos XVI y XVII cuando recibían órdenes reales contrarias a sus intereses. TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, p. 177.

Al acercarse la fuerza expedicionaria a Córdoba, las autoridades concejiles trataron de impedir que cruzara el río Guadalquivir por el puente romano, «enpero la rebuelta e murmurio fue tan grande del pueblo e comun de la çibdat [...] teniendo vando del maestre, deziendo que yua en seruiçio de Dios que non lo podieron los mayores³⁷ defender». De este modo, Martín Yáñez de Barbudo pasó «por la puente de Cordoua»; con él iban «muchas gentes de pie de la çibdat e de la tierra». López de Ayala entiende que era necesario atravesar el puente para entrar en la ciudad. Pero solo lo era para quienes salían de ella y cruzaban el río en dirección al sur³⁸.

Para comprender lo que sucedió en Córdoba es indispensable el testimonio del cronista local Fernando Salmerón³⁹. Gracias a él sabemos que el maestre de Alcántara entró en la ciudad el 15 de abril de 1394, Miércoles Santo, con 280 lanzas y 350 peones, proclamando «que yua a dar batalla al rrey de Granada con la cruz alçada». Llevaba consigo algunos frailes franciscanos de origen portugués, que alborotaron a la población con sus prédicas. Martín Yáñez de Barbudo pasó a la vera del alcázar, cruzó el río por el puente romano y acampó en las afueras, antes de proseguir su viaje. Escribe Salmerón: «E commo quier que los caualleros de Cordoua e otros caualleros le rrogaron que non fuese alla, non quiso e fuese para Granada, e fue con el mucha gente de Cordoua e de otros muchos lugares de la frontera [...]». La guerra particular del Maestre se ha transformado en un movimiento de masas⁴⁰.

3 EL MAESTRE EN ALCALÁ LA REAL

El camino más directo a Granada pasaba por la villa de Alcalá la Real, a donde el Maestre y los suyos llegaron el 24 o 25 de abril. El alcaide de la fortaleza, don Alonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, y su hermano Diego, mariscal de Castilla, hablaron con el portugués en un último intento para conseguir que desistiera de su empeño. Conocemos con detalle los argumentos que esgrimieron para hacer entrar en razón a Martín Yáñez gracias al testimonio escrito que dejaron de su intervención –acaso un acta notarial– y que López de Ayala incluye en su crónica⁴¹.

³⁷ En la edición de Cayetano Rosell leemos «caballeros».

³⁸ El maestre de Alcántara debió entrar en la ciudad por la Puerta de Plasencia, sita en el lienzo oriental de la muralla urbana. La llamada *Puerta del Puente*, que estaba en el lienzo meridional de la misma, era el paso obligado para todo el tráfico de viajeros y mercancías con el sur a través del río. Conocida como Puerta de Algeciras en el momento de la conquista, el topónimo Puerta del Puente aparece por vez primera en un documento fechado en Córdoba en 1385. ESCOBAR CAMACHO, José Manuel. *Córdoba en la Baja Edad Media. Evolución urbana de la ciudad*. Córdoba, 1988, pp. 64-65, 71 y 73.

³⁹ LOMAX, «El *Cronicón Cordubense*», p. 637. Reproduce el texto AYALA MARTÍNEZ, «Órdenes militares y la frontera», pp. 279-280.

⁴⁰ Fernando Salmerón no dice que las autoridades locales trataran de impedir que el Maestre cruzase el río por el puente tantas veces mencionado. Tiene más sentido que hablasen con él para disuadirle de su proyecto –es posible que hubiesen recibido instrucciones del rey sobre el particular–, hasta que se vieron rebasados por la exaltación popular.

⁴¹ El alegato de don Alonso y don Diego concluye así: «E, sennor, nos otros entendiendo que todo esto que vos avemos dicho cunple a seruiçio de Dios e del rey nuestro sennor, a vuestra onrra e a guarda e salvacion desta gente que va conbusco, asi vos lo rogamos e requerimos e afrontamos, e demandamos dello testimonio». Cf. *Coronica de Enrique III*, p. 78. La cursiva es mía.

Don Alonso y don Diego reconocen la «buena e santa entençon» que animaba al maestre de Alcántara en su aventura. Sin embargo, la necesidad les obliga a poner en su conocimiento algunas cosas, «por las quales deuedes escusar esta entrada que queredes fazer en el regno de Granada». A saber:

a). Le recuerdan que el rey don Enrique y el emir granadino han firmado treguas «e juradas pocos días ha», porque al monarca le conviene, «segunnt la hedad que tiene él agora, la paz e sosiego»⁴². Si el soberano nazarí ve que «un ome tan grande de estado como vos e maestre de Alcántara» entra en sus dominios con gente de guerra, dará por nulas las treguas. En este sentido, le advierten que Andalucía no está preparada para la guerra —ni siquiera hay «recabdo alguno de nauios en la mar»— y que el desencadenamiento de las hostilidades por los granadinos pondría en serios apuros al rey y a todo el reino de Castilla.

b). El Maestre no dispone de fuerzas suficientes para pelear con los moros. En palabras de don Alonso y don Diego: «Segunnt nos avemos oido e entendido de otros mas ançianos vos non leuades aparejo nin poder para fazer dapnno en el regno de Granada, antes ydes a muy grannt peligro». Alcalá está a poca distancia de la capital granadina, donde reside el emir «con todo su poder»: 5.000 jinetes y 200.000 peones. El Maestre, en cambio, solo cuenta con trescientas lanzas y cinco mil peones «que se vos an agora allegado». Los hermanos Fernández de Córdoba confiesan que, dada la desproporción de fuerzas, «non podemos entender commo podedes poner batalla».

Le recomiendan que busque en las crónicas la relación de intervenciones militares castellanas en la Vega de Granada que o bien terminaron en desastres o estuvieron a punto de fracasar. En el primer caso, la derrota de los infantes-regentes de Castilla, don Pedro y don Juan, en 1319. En el segundo, una entrada de Alfonso X en la Vega en la que a punto estuvo de morir su heredero, don Sancho. O la que llevó a cabo Pedro I en 1362 para apoyar a Muhammad V en su lucha con el emir Bermejo: a pesar de la importancia de las fuerzas desplegadas, no lograron pasar del puente de Valillos que «es aquende de la puente de Pinos»⁴³.

En definitiva, Alonso y Diego Fernández de Córdoba muestran su extrañeza porque el Maestre pretenda invadir el territorio granadino con tan poca gente: «que qualquier ome del mundo que guerra aya visto commo vos entiende que es contra razon e contra fecho de guerra e de buena ordenança». E insisten en que les haga caso y no ponga «en aventura la verdat de nuestro sennor el rey quanto tanne a la guerra que ha otorgado tregua a los moros».

c). Concluyen proponiéndole una solución que satisfaga su honra y garantice la salvación de la gente que iba con él. Que acampe a orillas del río Azores, la línea divisoria entre Castilla y Granada, y espere allí un día o dos por si el emir quiere combatir con él según las condiciones de su desafío. Si no hace acto de presencia, «vos auedes conplido vuestro debdo con muy grannt onrra»⁴⁴ —declaran don Alonso y don Diego—, «que ya finca la batalla por los moros e non por vos».

⁴² La edición de Cayetano Rosell dice «aver la paz e sosiego».

⁴³ Sabia recomendación, pues el Maestre, al ser portugués, no tenía por qué estar al tanto de los hechos bélicos en la frontera con Granada.

⁴⁴ La edición de Rosell añade: «e podredes atornarvos».

El maestre de Alcántara agradece este buen consejo, pero no lo sigue. Declara ahora que «fasta quel viese la puerta d'Eluira, ques una puerta de la çibdat de Granada, o fallase batalla quel non tornaria ca entendia que le seria muy grannt desonrra [...], e que fiaua por Dios e por la su sancta pasion quel mostraría miraglo, e le daría buena vitoria contra los moros renegados de la fe». Y se mantendrá en sus trece pese a que muchos de los caballeros alcantarinos compartían el parecer de los Fernández de Córdoba. En este punto dice la crónica:

Enpero lo vno el maestre era vn ome que auia vnas imaginaçiones quales el queria. Otrosi cataua en estreleria e en adeuinos; otrosi tenia consigo un ermitanno que yua con el, que dezian Juan del Sayo, que le dezia que auia de vençer e conquistar la moreria. Otrosi toda la gente de pie que se le auia llegado era gente simple e non curauan de al saluo de dezir:
— Con la fe de Ihesu Christo ymos⁴⁵.

En relación a la postura de los caballeros alcantarinos, recordemos que el voto de obediencia era el más importante, tanto en la orden de Alcántara como en las restantes, dado su carácter castrense. Se ha dicho, incluso, que a veces la obediencia era ciega, considerándose paradigmático el caso de Martín Yáñez de Barbudo y los suyos. Pero la crónica de Ayala muestra las vacilaciones de los freires. Hubo obediencia, sí; pero no ciega⁴⁶.

4 EL DESASTRE DE PUERTO LOPE

Martín Yáñez de Barbudo parte de Alcalá la Real el sábado «de las ochauas de Pascua mayor, e fue a dormir al rio de Açores». Al día siguiente, domingo de Cuasimodo, 26 de abril, se adentra en territorio granadino hasta divisar la torre conocida como Torre del Exea. «E ally suele estar vn moro» —escribe el cronista— «que guarda las rentas de las mercaderías quando van a la çibdat de Granada»⁴⁷. El Maestre intenta tomarla, pero sin mucha fortuna: es herido y pierde, además, a tres hombres de armas. Desconcertado, recuerda a Juan del Sayo que le había profetizado que nadie moriría en la empresa. El ermitaño reitera su promesa al entender «questo sera en la batalla»⁴⁸.

⁴⁵ Frey Alonso de Torres muestra una actitud demasiado «moderna» en relación al engaño de Juan del Sayo y a la afición del Maestre a especular con los astros. TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, p. 178.

⁴⁶ Habla de obediencia ciega CORRAL VAL, Luis. *Los monjes soldados de la orden de Alcántara en la Edad Media*. Madrid, 1999, p. 245, nota 13. Según frey Alonso de Torres, ya hubo disparidad de opiniones antes de partir de Alcántara. Los freires veteranos procuraron disuadir a su maestre. Otros, más jóvenes, le apoyaron por complacerle «o porque eran de su condición». Tampoco tuvo dificultades para reunir peones, pues hubo bastantes voluntarios al conocerse la revelación de Juan del Sayo «y que él iba también en su compañía». TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, pp. 176-177.

⁴⁷ Tiene más sentido la versión de Cayetano Rosell: «las requas de los christianos con las mercaderías» en vez de «rentas de las mercaderías». Esta torre era un centro de guardia para inspeccionar a los mercaderes foráneos y prevenir la exportación de contrabando. Cobrará más relieve a partir de 1403, fecha en la que la percepción del diezmo y medio de lo morisco se traslada de Córdoba a Alcalá la Real.

⁴⁸ Cf. *Coronica de Enrique III*, pp. 78-79. Según Torres y Tapia, el problema estaba en la candidez del Maestre. Y remite a la Biblia: «El cuerdo ve el peligro y se esconde, pero el necio sigue adelante y la paga» (*Proverbios*, 22, 3). TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, p. 179.

Se retiran a comer antes de prender fuego a la torre con la leña que habían juntado para tal fin y, en el ínterin, aparece el ejército granadino. Sus efectivos «segunt se pudo saber» ascendían a 5.000 jinetes y 120.000 hombres de a pie reunidos tras convocar a la población masculina mayor de dieciséis años y menor de ochenta. El emir había movilizado a tanta gente «ca no tenían otra frontera ninguna de guardar saluo aquel paso». López de Ayala intenta justificar de este modo el número exagerado de combatientes moros. Es posible, sin embargo, que no se trate de una exageración: según un informe dirigido al cardenal de España en 1405, el nazarí pagaba en esa fecha a 7.373 jinetes repartidos por las diferentes guarniciones del emirato, podía movilizar a otros 3.000, sin sueldo, y el peonaje, una vez hecho el alarde, superaba los cien mil efectivos. Otra cosa es que semejante número de combatientes fuera llamado en esta ocasión⁴⁹.

Los granadinos separan a los hombres de armas de los peones. Los primeros son rodeados y combatidos con saetas, truenos, hondas y dardos hasta que mueren todos, incluido el maestro. De los peones escapan hacia Alcalá 1.500 y otros 1.200 son hechos prisioneros, mientras que los musulmanes pierden 500 peones⁵⁰. El cronista se basa en testigos oculares a la hora de elogiar el comportamiento de Martín Yáñez de Barbudo y su hueste: «Enpero segunt dezian moros elches peleo el maestre e los suyos muy bien, e murieron con gran esfuerço». Lo cual no impide que concluya el relato con un juicio crítico: «E asi fizo esta caualgada, que con poca ordenança se auia començado».

Veamos ahora la versión del desastre que nos ofrece la *Crónica* de Gonzalo de la Hinojosa. Dice así:

E después desto domingo veinte e seis dias de abril deste ano entro el maestre de Alcantara Martin Yanes de la Baruuda en tierra de moros con trezientos e sesenta omes de armas e quarenta ginetes e fasta doze mill peones. E defendio el Rey que no fuese alla so pena de traïcion por quanto tenia pazes con el Rey de Granada. E ellos no quisieron, por lo qual les vino mucho mal por ello, ca ellos entraron al Puerto Lepe (*sic*) e combatieron una torre de los moros, e ellos asi estando, como a ora de terçia, vinieron los moros sobre ellos que eran fasta quatro mill de cavallo e çient mill peones, e çercaronlos a todos en derredor e mataronlos ally, que no podian foir a ninguna parte porque les tenían tomado el puerto los moros. E pelearon los christianos con ellos desde terçia fasta ora de nona, defendiendose quanto podian, pero tanta era la ballesteria e los fonderos de los moros que se no podieron defender e no ovieron acorro ninguno porque era defendido. E alli murio el dicho maestre e don Juan Ponçe de Leon, hermano de don Pero Ponçe, e Ferrando de Mera, e todos los otros fueron muertos e presos, que no escaparon sino fasta quatroçientos peones que murieran e fuyeron esa noche por esas sierras dellos sanos e dellos feridos. E todo esto fue porque este maestre Martin Yanes tenia que avia de ser Rey de Granada según que el catataua (*sic*) por sus artes⁵¹.

Este relato y el de Pero López de Ayala difieren en algunos puntos. Las cifras de combatientes son distintas lo mismo que la de cristianos supervivientes. Nos dice que la

⁴⁹ A.G.S. Estado, leg. 1-1.º, fol. 169. ¿Tuvo López de Ayala (ob. 1407) acceso a este documento?

⁵⁰ Salmerón sitúa el encuentro en Puerto Lope y da la cifra de 7.000 u 8.000 cristianos frente a 150.000 moros. Además del Maestro y sus acompañantes, murieron todos los peones cristianos, salvo 2.000 que huyeron o fueron hechos prisioneros. LOMAX, «El *Cronicón Cordubense*», p. 637.

⁵¹ *Supra* nota 4, fol. 198v.

batalla comenzó a la hora tercia y se prolongó hasta la nona, lo cual parece exagerado⁵². A no ser que de ese modo se quiera subrayar la resistencia presentada por el maestre y los suyos antes de morir. Hay otras diferencias que es preciso resaltar: los moros cercan a la fuerza invasora y les cortan la retirada al tomar Puerto Lope. Es posible que la prohibición de socorrer a la fuerza expedicionaria se deba a que el maestre ha incurrido en traición. El autor señala, asimismo, que la intención última de Martín Yáñez era convertirse en rey de Granada.

La versión que ofrece el jurado sevillano Garcí Sánchez en sus *Anales* es muy breve. Aparte de recordar que Martín Yáñez de Barbudo fue a Granada en contra de la voluntad del rey, precisa cuál fue el lugar de la trágica derrota: «Y esta es la que digeron la del Puerto de Lope»⁵³.

En algunas obras impresas a partir del reinado de los Reyes Católicos se cambia el escenario de la batalla. Rodríguez de Almela escribe que «don Martiayes de Alcantara, de nación portugués», entró con los suyos en tierra granadina y llegó al puente de Pinos, cuya torre hizo combatir⁵⁴. Rades y Andrada afirma que el Maestre logró éxitos que le hubieran permitido retirarse. Pero, comido el seso por el ermitaño, «dio de cabeza en passar adelante, hasta cerca de la ciudad. El rey moro embió un grande exercito contra él y por otra parte los Moros de los pueblos que el Maestre dexara atrás se juntaron: y assi tomándole en medio le vencieron y desbarataron»⁵⁵. Gonzalo Argote de Molina llega al extremo de cambiar el itinerario seguido por los alcantarinos: en vez de Córdoba, el Maestre pasa por Baeza en su viaje a tierra de moros. Aquí se le agregan gentes de otras villas y lugares del obispado de Jaén. Y de aquí saldrá hacia la frontera por la parte «que en su memoria se llama oy la Puerta del Barbudo»⁵⁶.

5 LAS CONSECUENCIAS DIPLOMÁTICAS

Mientras tanto, el rey Enrique recibía en el monasterio de Santa María de Peñalayo, cerca de San Martín de Valdeiglesias, a un mensajero portador de cartas del emir de Granada. En ellas este le decía que estaba al tanto de la venida del maestre de Alcántara en son de guerra. Como las treguas se habían firmado hacía poco tiempo, quería saber si Martín Yáñez obedecía órdenes reales o actuaba por cuenta propia. En el segundo caso, si el maestre «quería yr a ver el su regno que el fallaría a la entrada

⁵² Tradicionalmente, la hora tercia correspondía a las 9 de la mañana y la nona, a las 15 horas. Pero en el siglo XII se desplaza la hora nona hacia mediodía debido a la gazuza de los monjes, que adelantan su comida en tiempo de ayuno, o, más bien, al ritmo de la vida urbana y a la pausa meridiana entre dos medias jornadas de trabajo. No se cuál es el criterio del cronista, un clérigo, en esta ocasión.

⁵³ CARRIAZO Y ARROQUÍA, Juan de Mata. «Los *Anales* de Garcí Sánchez, jurado de Sevilla». *Anales de la Universidad Hispalense*, 1953, vol. XIV-I, pp. 3-63 (24).

⁵⁴ Pero los moros sabían de su venida y «estaua toda la cauallería de Granada ayuntada». RODRÍGUEZ DE ALMELA, Diego. *Compilación de las batallas campales*. Murcia, 1487, batalla CCV (Utilizo la edición facsímil de Cieza, 1963).

⁵⁵ RADES Y ANDRADA, *Crónica de las tres órdenes*, fol. 33v.

⁵⁶ ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo. *Nobleza de Andalucía*. Sevilla, 1588, fol. 269v. Manejo la edición del Instituto de Estudios Gienenses (Jaén, 1957).

del reyno quien le respondiese». Don Enrique contestó que nada tenía que ver con la iniciativa de Yáñez de Barbudo, a quien había enviado misivas y mensajeros animándolo a que desistiera de su propósito. Aunque no le había respondido aún, esperaba que «desque el maestre viesse sus cartas, que se tornaria para Alcántara e que se quitaria de aquel ymaginamiento que leuaua». Pero, en lugar de la respuesta esperada, el monarca recibió la nueva de cómo el maestre de Alcántara había cruzado la frontera para ser derrotado y muerto en Puerto Lope. En las nuevas cartas que remite a Muhammad VII, el rey de Castilla se da por enterado de la suerte corrida por su vasallo, asegura al nazarí que la cabalgada se había hecho sin su consentimiento, «e sy mal se auia fallado ende que el se lo mereçia». Y como desea seguir guardando las treguas, le pregunta si está de acuerdo. Muhammad VII se apresuraría a responder en sentido afirmativo⁵⁷.

El maestre de Santiago, don Lorenzo Suárez de Figueroa, tuvo mucho que ver con la postura del rey Enrique. Estaba en su villa de Ocaña cuando le llegó la nueva de la masacre acaecida en Puerto Lope. Temeroso de las consecuencias, marchó a San Martín de Pelayos para ver al monarca y manifestarle su preocupación por la reacción granadina: «dizenme que después aca todos los moros estan apellidados e aperçibidos e non se lo que querran fazer»⁵⁸. Recomienda a don Enrique que cargue la culpa de lo sucedido sobre el difunto Martín Yáñez, insista ante el emir en que el Maestre había actuado sin su autorización y, al mismo tiempo, se ocupe de la guarda del reino «que moro ninguno se atreua a vos». En este sentido le aconseja que envíe cartas a todos sus vasallos, para que estén aperçibidos en el caso de que los necesite, y que delegue en el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y él mismo la responsabilidad de defender Andalucía. Declara al respecto: «Ca sed çierto, sennor, que perdieron en esta caualgada muchos almocadenes e almogauares e buenos omes de guerra, e está la tierra muy espantada». No obstante, concluye don Lorenzo, si el emir de Granada desea guardar las treguas, «mi conseio es que vos que las guardedes eso mesmo»⁵⁹.

Habría que preguntarse si esas medidas defensivas están relacionadas con el contenido de un largo documento conservado en el Archivo Histórico Municipal de Sevilla, en la sección Papeles de Mayordomazgo. Se trata de una relación de cómo en el mes de abril de 1394 supo Sevilla que el rey de Granada, que estaba en Málaga, había pagado sueldo a toda la gente de a caballo y a pie, situándola en la frontera con Castilla, y que hacía armar una flota en dicha ciudad; asimismo, que los moros entraban cada día en tierra de cristianos, ocasionando muertes y robos de ganados y de hombres. Para guardar la paz del Rey, no atreviéndose Sevilla a entrar en tierra de moros a tomar represalias, consultaron al monarca, el cual les dijo que no quebrantasen la paz sino que se limitaran a poner guardas en los lugares acostumbrados, que rechazasen a los moros. Por eso, el concejo ordena pagar quince días de sueldo a ciertos lanceros que fueron con el conde de Niebla, don Pedro Ponce de León, y otros vasallos a guarnecer Lebrija,

⁵⁷ Cf. *Coronica de Enrique III*, p. 79.

⁵⁸ La edición de Cayetano Rosell dice «los moros estan aperçibidos».

⁵⁹ *Supra* nota 55. A mediados del mes de mayo, estando el rey en Toledo, recibió la respuesta granadina.

Utrera, Marchena, Arcos, Cabezas de San Juan, Torralba, Alocas, Gómez Cardeña, Bornos, Conil y Los Molares⁶⁰.

El silencio sobre la masacre de Puerto Lope hace poco creíble que los acuerdos del concejo hispalense sobre la vigilancia de la frontera con Granada se tomaran después del 26 de abril. Lo más probable es que sean anteriores a la expedición alcantarina o coetáneos a la misma⁶¹. De ser así, nos muestran una situación fronteriza de la que nada dice la crónica de Ayala. Un panorama más en consonancia con el contenido de una carta de Enrique III (Tordesillas, 3/abril/s. a.) a don Lorenzo Suárez de Figueroa manifestando su disgusto por la ruptura de la tregua en algunos puntos de la frontera y recomendándole que escriba al maestre de Alcántara para que se haga cargo de la defensa⁶².

Los preparativos bélicos se extendieron a todo el reino. En una carta firmada en Toledo, el 7 de mayo de 1394, Enrique III encarga al concejo de Burgos que reparta, entre sus vecinos, 155 ballesteros para la guerra contra el reino de Granada; y les ordena que estén apercebidos⁶³. Incluso en la corona de Aragón se tomaron medidas defensivas en relación a Orihuela, cuyos campos eran objeto de frecuentes algaras granadinas. Leemos en una carta de Martín I que «per lo sinistre cas que diu ses seguit entrel maestre d'Alcantara e altres cavallers de christians de Castilla e moros de Granada es necessari que [...] nostra vila de Oriola sia mesa e reparada de les obres que y fan mester»⁶⁴.

El incidente se dio por zanjado a mediados de mayo y su principal repercusión política fue, según Miguel Ángel Ladero, el menoscabo sufrido por la orden de Alcántara: aparte de la pérdida de caballeros, tuvo que aceptar un nuevo maestre ajeno a ella a modo de castigo. Pero la crónica de Ayala dice solamente que el rey nombró maestre de Alcántara a don Fernando Rodríguez de Villalobos, clavero de la orden de Calatrava, «e ouieronlo por gran agrauio los freyles de Alcantara»⁶⁵. La decisión sería confirmada por el papa Benedicto XIII en Aviñón, el 27 de abril de 1396. El documento expedido

⁶⁰ Más adelante, se pagarán otros quince días, a la espera de que el rey responda a una nueva consulta de Sevilla. COLLANTES DE TERÁN DELORME, FRANCISCO. *Inventario de los Papeles del Mayordomazgo del siglo XIV*. Sevilla, 1968, 1394-1395, doc. n.º 3 (sin fecha), pp. 75 y 76.

⁶¹ Rafael Sánchez Saus dice que estas medidas preventivas son una respuesta a la derrota y muerte del maestre Yáñez de Barbudo en la Vega de Granada (*sic*): SÁNCHEZ SAUS, RAFAEL. «Poder urbano, política familiar y guerra fronteriza. La parentela de Alonso Fernández Melgarejo, veinticuatro de Sevilla y alcaide de Zahara». En *Andalucía entre Oriente y Occidente (1236-1492)*. *Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*. Córdoba, 1988, pp. 367-376 (370). Carriazo Rubio escribe que las medidas se dictaron antes de finalizar el mes de abril: CARRIAZO RUBIO, JUAN LUIS. *La Casa de Arcos entre Sevilla y la frontera de Granada (1374-1474)*. Sevilla, 2003, pp. 57-58.

⁶² R.A.H.^a, Col. Salazar, M-6, fols. 317-318. Emilio Mitre afirma que fue escrita en 1394: MITRE FERNÁNDEZ, «De la toma de Algeciras», p. 90. Pero el rey no estaba en Tordesillas en la fecha indicada ni lo estuvo en todo aquel año. VEAS ARTESEROS, FRANCISCO. *Itinerario de Enrique III*. Murcia, 2003, pp. 56 y 57.

⁶³ A.M.B. Sección Histórica, n.º 2613. BONACHÍA HERNANDO, JUAN ANTONIO y PARDOS MARTÍNEZ, JULIO ANTONIO. *Catálogo documental del Archivo Municipal de Burgos: Sección Histórica (931-1515)*. Salamanca, 1983, vol. I, doc. 326.

⁶⁴ GIMÉNEZ SOLER, ANDRÉS. *La Corona de Aragón y Granada*. Barcelona, 1908, p. 323.

⁶⁵ LADERO QUESADA, «Los portugueses en la frontera», p. 81. Cf. *Coronica de Enrique III*, p. 79. Nombrar a un caballero de una orden como maestre de otra no era ninguna novedad. Dos bulas de Clemente VII, de 1383 y 1384, habían concedido a Juan I de Castilla la facultad de intervenir en el nombramiento de los maestros de las tres órdenes, si quedasen vacantes. CORRAL VAL, *Los monjes soldados*, pp. 128 y 172.

por la cancillería pontificia justifica la elección de Fernando Rodríguez de Villalobos «per obitum quondam Iohannis de la Barbuda, ipsius milicie magister»⁶⁶.

Una obra atribuida a Hernando del Pulgar sitúa la acción en tiempo del emir Yusuf II (1391-1392)⁶⁷. Un anónimo castellano del siglo XVI, Argote de Molina y Alonso de Torres y Tapia cometen el mismo error⁶⁸. En cambio, para González Dávila, el emir a quien desafió Martín Yáñez era «Mahomat Guadix»; o sea, Muhammad V⁶⁹.

6 NACE UNA LEYENDA

Según Pedro Barrantes Maldonado, el emir Muhammad VII devolvió el cadáver del Maestre. Un tal Antón Pérez de Sanabria lo hizo traer a la villa de Alcántara en un ataúd sobre un carro cubierto de paños negros. Añade que fue sepultado en su iglesia mayor, al pie de la escalera que sube al coro, «en un enterramiento levantado de cantería con escudo de sus armas, y una letra en lenguaje portugués que dize: *Aquí jaz ó Maestre Martianes o qual por nenuna coussa ove pavor en seu corazon*⁷⁰. El contenido de este «letrero», según Argote de Molina, era: *Aquí jaz aquella que por nhihva causa ove pavor en seu coraçon*⁷¹. En la misma línea, Gil González Dávila señala que el cuerpo del Maestre «con licencia del Rey Moro fue trasladado a la Iglesia Mayor de Santa María de Alcántara», y está sepultado en un lucillo que tiene el epitafio siguiente: *Aquí yaze aquel en cuyo coraçon nunca pavor tuvo entrada el maestre don frey Martin Yáñez*⁷².

La información más amplia la da Torres y Tapia que, recordémoslo, escribe en 1622. Según él, los moros mandaron recoger el cuerpo del maestre, «y a persuasión de D. Alonso Fernández de Córdoba dieron licencia para traerle a su convento, y hoy está en la Iglesia de Santa María de Almocavara, entre el Altar de la Quinta Angustia y la escalera del Coro [...] arrimado a la pared que mira al Norte, en un lucillo de piedra berroqueña. Tiene en la lámina que sirve de cubierta labrada una grande Cruz, y por cima este epitafio en dos renglones: *O mestre don Frey Martiañez*. Y en la lámina que mira a la parte de fuera, en lo alto como por orla ciñe el lucillo otro que dice: *Aquí yaze aquel que por neva cosa nunca ove pavor en sev corazaon*»⁷³.

⁶⁶ También le exime de impedimentos e irregularidades para acceder al maestrazgo. PALACIOS MARTÍN, *Colección diplomática de la Orden de Alcántara*, I, doc. 743, pp. 515 y 516.

⁶⁷ «E después de este suceso quedó el rey Juceph muy querido e reverenciado de los suyos». Se creía, entonces, que este emir gobernó hasta 1396. Cf. «Tratado de los reyes de Granada y su origen». En *Semanario erudito... de... Valladolid*. Madrid, 1788, vol. 12, pp. 57-114.

⁶⁸ CARRIAZO Y ARROQUIA, «La Historia de la Casa Real de Granada», p. 34; TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, p. 176.

⁶⁹ GONZÁLEZ DÁVILA, *Historia de la vida y hechos del rey don Enrique Tercero*, p. 101.

⁷⁰ MARTÍN NIETO, Dionisio A. «Santa María de Almocóvar de Alcántara en el siglo XVI». *Revista de Estudios Extremeños*, 2009, vol. 65-2, pp. 643-749 (646-647).

⁷¹ ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, fol. 269v.

⁷² GONZÁLEZ DÁVILA, *Historia de la vida y hechos del rey don Enrique Tercero*, p. 103.

⁷³ Describe a continuación los escudos y concluye: «Las palabras de los epitafios son como aquí van puestas, sacadas con mucha puntualidad: algunos Cronistas las traen viciadas y con alguna diferencia [...]», TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, I, p. 180.

Pero Barrantes se equivocó al afirmar que los restos de Martín Yáñez de Barbudo fueron devueltos: el sepulcro del Maestre «nunca albergó su cuerpo»⁷⁴. Tampoco acierta Torres y Tapia al atribuir la decisión del granadino a los buenos oficios de don Alonso Fernández de Córdoba, alcaide de Alcalá la Real. El abad de Rute (fallecido en 1622), que sigue la crónica de Ayala al ocuparse de la desgraciada expedición de Martín Yáñez, alude a «las diligencias que hizo Alfonso Fernández para disuadirle de aquel temerario propósito». Y nada más⁷⁵.

Es probable que la falta de un cadáver esté en el origen de la leyenda sobre la supervivencia del caballero portugués. Francisco de Rades y Andrada escribe en relación a la batalla de Puerto Lope: «Y el Maestre según se halla en memoriales antiguos también murió en ella. Otros dicen que fue preso y llevado a Granada; y que estando allí tuvo en una mora de noble linage un hijo que se crió en Granada y después fue Soldan de Babilonia»⁷⁶.

Para la mayoría, sin embargo, el que sobrevivió fue un hijo del Maestre. Pese a que los miembros de las órdenes militares estaban obligados al voto de castidad, la definición de Ayllón (1411) muestra que el amancebamiento era común entre los alcantarinos, afectando a frailes y legos⁷⁷. La existencia de un hijo del maestre Martín Eanes de Barbudo que estuvo en la batalla de Puerto Lope y sobrevivió a su padre, siendo capturado por los musulmanes, sale a relucir en la versión más antigua del viaje del infante don Pedro de Portugal y sus doce compañeros a Tierra Santa y a la corte del Preste Juan. Dice así:

Después fuemos para Egipto, que es una gran provincia, fuemos a la çibdad de Babilonia y fesimos reverencia al Soldan y, desde que sopo que éramos de Poniente, ovo gran plazer con nosotros por el ser nacido en Castilla, y era hijo del maestre Martinianes de la Barbuda, e dixonos que avia nacido en Villanueva de la Serena.

E quando mataron los moros a mi padre, el rey de Granada prendio a mi y a otros tres passaronme en tierra del rey de Fez, e desde que fue captivo, tornáronme moro, y desde que supieron los moros que era hijo del hombre poderoso de Poniente, alçaronme por Soldan⁷⁸.

El texto base corresponde a la primera edición impresa (Sevilla, 1515). Debió ser compuesto en el último tercio del siglo xv, si bien es probable que circulara ya con anterioridad, pues hay una mención explícita del mismo en las *Bienandanzas y fortuna de Lope García de Salazar*, crónica compilada entre 1475 y 1476⁷⁹. El autor menciona

⁷⁴ MARTÍN NIETO, «Santa María de Almocóvar», p. 647, con fotografía del sepulcro.

⁷⁵ Cf. *Historia de la Casa de Córdoba por Don Francisco Fernández de Córdoba, Abad de Rute*. Córdoba, 1954, p. 121.

⁷⁶ RADES Y ANDRADA, *Crónica de las tres órdenes*, fol. 33v.

⁷⁷ CORRAL VAL, *Los monjes soldados*, pp. 248-249.

⁷⁸ SÁNCHEZ LASMARÍAS, Elena. «Edición del *Libro del infante don Pedro de Portugal*, de Gómez de Santisteban». *Memorabilia. Boletín de Literatura Sapiencial*, 2008, vol. 11, pp. 1-30 (17). En el proemio se nos cuenta la llegada del portugués a Valladolid, a ver a su tío Juan II. Este le da dinero para el viaje y pone a su servicio al faraute Garcí Ramírez que sabía todas las lenguas del mundo. Pero la crónica de Fernán Pérez de Guzmán refiere que D. Pedro fue a Aranda de Duero –donde estaba el rey– tras haber pasado cuatro años en Alemania, Hungría y otras partes de Europa.

⁷⁹ Véase edición de Ángel Rodríguez Herrero (Bilbao, 1967), I, p. 37.

una carta del Preste Juan para Juan II de Castilla traída por el infante portugués. Es posible que la imaginación popular crease la leyenda del infante, unida a la de la carta del Preste Juan, y que García de Salazar la introdujera en su obra porque circularía de forma oral⁸⁰.

Alonso de Torres y Tapia considera improbable que el Maestre sobreviviese a la batalla y fuera llevado preso a Granada, «por la tradición común que hay tan de antiguo de lo contrario». Tampoco acepta que la madre de su hijo fuera de Villanueva de la Serena, pues Martín Yáñez de Barbudo vivió en Portugal hasta bien entrado el año 1385. En caso de haber tenido ese hijo siendo ya maestre de la orden de Alcántara, sería muy pequeño cuando marchó contra Granada, «y no es creíble le hubiese llevado consigo». Le parece más verosímil que el hijo en cuestión viniera al mundo mientras el Maestre vivía en Portugal y, siendo ya hombre, acompañase a su padre en la expedición. Hecho prisionero, le llevarían a África y con el tiempo se convertiría en sultán de Egipto, según cuenta la historia del infante D. Pedro de Portugal. Y concluye: «el lector hara el juicio que le pareciere que yo todo lo tengo por apócrifo»⁸¹.

7 CONCLUSIÓN: ¿FUE UNA CRUZADA POPULAR?

Derek W. Lomax escribía en 1978 que el maestre de Alcántara «shocked all Spain by ignoring royal truces and invading Granada as if he were a twelfth-century crusader, only to be defeated and killed»⁸². A decir verdad, el Maestre sólo escandalizó al rey y a la nobleza, porque su guerra privada contó con el apoyo de la población andaluza. El desarrollo de este desafortunado intento, tal y como aparece en la crónica de Pero López de Ayala, puede ser considerado hasta cierto punto como un ejemplo de «cruzada popular» a pequeña escala, según puse de manifiesto en 1980. Ante todo, por la presencia de un líder visionario, que cuenta con el apoyo de un ermitaño considerado santo por el pueblo llano. Este se suma a la expedición a su paso por Córdoba, preso de un sentimiento mesiánico que acaso haya que relacionar con la violenta persecución desencadenada sobre los judíos tres años antes. La gente sencilla critica indirectamente a la nobleza castellana, ahora paralizada por las discordias internas, y pretende sustituirla en su misión de vencer a los granadinos y, de ese modo, culminar la *Salus Spaniae*⁸³.

⁸⁰ Según Carmen Mejía, la cual duda que existiera un manuscrito del relato, el único que se conoce es del siglo XVIII. MEJÍA, Carmen. «El Libro del Infante don Pedro de Portugal. Estudio crítico y problemas de transmisión». *Revista de Filología Románica*, 1998, vol. 15, pp. 215-232 (220).

⁸¹ TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, pp. 180-181. Es posible que la existencia de un bastardo esté relacionada con el deseo de contraer matrimonio que manifiesta Martín Yáñez en 1387. El 28 de agosto el papa Clemente VII manda al obispo de Coria que reciba y admita la renuncia del Maestre para que pueda casarse, si es que quiere renunciar a la dignidad maestral. PALACIOS MARTÍN, *Colección diplomática de la Orden de Alcántara*, I, doc. 730, pp. 508-509.

⁸² Cf. *The Reconquest of Spain*. London-New York, 1978, p. 168.

⁸³ LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique. «El reino de Granada, 1354-1501». En GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel y LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique (dirs.). *Historia de Andalucía. III: Andalucía del Medioevo a la Modernidad*. Madrid, 1981, p. 346.

Como es sabido, en los siglos XIII y XIV hubo en Occidente varios movimientos de exaltación cruzada que encontraron apoyo entre los campesinos, los jóvenes y los desarraigados: la cruzada de los Niños (1212), la de los Pastores (1251), la Popular (1309) y la de Pastores de 1320. Ninguna de estas cruzadas –que solían comenzar en torno a la Pascua de Resurrección– duró más allá de unos pocos meses. En ningún caso alcanzaron su objetivo, pero los participantes rara vez dejaban de atacar a las juderías que encontraban a su paso. La información es escasa, porque los cronistas no ven con buenos ojos estos movimientos, o no los entienden. Los «cruzados», por su parte, no han dejado testimonio propio. Pero estas cruzadas revelan la existencia de unos grupos marginales, de los que poco o nada dicen las fuentes contemporáneas, los cuales se inflamaban a causa de los sermones de un predicador carismático.

Un tema recurrente de las cruzadas populares fue que el fracaso en recobrar Jerusalén probaba que no eran los ricos y los poderosos quienes estaban destinados a liberar la Ciudad Santa, sino los inocentes y los humildes. Es significativo, en este sentido, que la primera cruzada de los Pastores (1251) fuera la respuesta a las noticias sobre el desastre sufrido por Luis IX en Egipto. En cuanto a la segunda cruzada de los Pastores (1320), parece que estuvo relacionada con la derrota y muerte de los infantes regentes de Castilla en la batalla de la Vega, el año anterior⁸⁴.

Trataré de explicar en qué medida la «cruzada» de Martín Yáñez de Barbudo responde al modelo arriba expuesto o se aparta del mismo, distinguiendo siempre entre las razones que motivaron la incursión y lo que sucedió tras la llegada del Maestre a la ciudad de Córdoba. Para Ladero Quesada la empresa tuvo un origen caballeresco: un reto al que replica el emir granadino de manera ofensiva⁸⁵. Martín Yáñez había desafiado al nazarí porque tenía ideas particulares acerca de su propio futuro. Así pues, la acción fue el resultado de ambiciones personales y de «anomalías síquicas (obsesión por la astrología)», a las que se añade la influencia de un eremita que recuerda a Pedro el Ermitaño y a otros predicadores populares de la primera Cruzada.

Como no hay razones para creer que Martín Yáñez de Barbudo fuera más supersticioso que muchos de sus contemporáneos, dudo que su afición a la astrología deba ser considerada una anomalía psíquica⁸⁶. Pero convengo con Ladero en que nada se sabe de Juan del Sayo «salvo que no era ajeno a la época». Cuenta frey Alonso de Torres, basándose en «memoriales antiguos», que el sujeto hacía vida solitaria en la ermita de Nuestra Señora de los Hitos, centro de devoción para los vecinos de Alcántara y su tierra.

⁸⁴ MASIA, Ángeles. «Aportaciones al estudio de los Pastorellos en la Corona de Aragón». En *Homenaje a Millás Vallicrosa*. Barcelona, 1956, II, pp. 9-30. Son fuentes hebreas tardías las que sitúan el origen de esta cruzada en España y lo relacionan con la lucha contra los moros de Granada. PASSERAT, Georges. *La croisade des Pastoureaux. Sur la route du Mont-Saint-Michel à Narbonne, la tragédie sanglante des juifs au début du XIV^e siècle (1320)*. Cahors, 2006, pp. 129 y 135.

⁸⁵ Remito a su artículo «Portugueses en la frontera», pp. 82-83, a no ser que indique lo contrario.

⁸⁶ En tal caso, cabría decir lo mismo de D. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, que durante el cerco de Málaga (1487) pecó de imprudencia al permitir que un morabito de origen tunecino tuviera acceso a los reyes, intrigado por el enigmático mensaje del que se decía portador. LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique. *Historia de un magnicidio frustrado (Lección inaugural del curso 2008-2009 en la Universidad de Málaga)*. Málaga, 2008, pp. 23-25.

Tenía fama de santo, pues «el vulgo, que se fija sólo en las apariencias, canoniza a lo que ve con semblante compuesto, color pálido, cabello y barba larga, vistiendo un saco áspero». Fue él quien vaticinó a Martín Yáñez que había de ganar la ciudad de Granada sin muerte ni derramamiento de sangre suya ni de los que fuesen con él. Y el Maestre, «sin más examen, le dio crédito»⁸⁷.

Hay cierta similitud entre las promesas de este ermitaño y las que solían hacer los morabitos magrebíes a sus seguidores. En 1564 el santón Muhammad b. Alal atacó la ciudad de Melilla sin éxito. Antes, había difundido entre los rifeños que su *baraka* —poder sobrenatural, fruto de su especial relación con Dios— y la fe de aquellos les permitirían apoderarse del presidio sin verter su sangre. Serían inmunes a las balas españolas y con sus rezos conseguirían que las puertas de la muralla se abrieran automáticamente al acercarse a ella⁸⁸.

Ya hemos hablado de la disciplina que mueve a los freires alcantarinos a seguir a su Maestre en una cabalgada que lleva una cruz alta, en una vara, al lado del pendón de la orden. Pero el común cordobés se suma a la empresa por otros motivos. Aunque se aceptaran los vaticinios de Juan del Sayo una vez hechos públicos —y por esa razón son importantes—, no podemos comparar a este «hombre santo» con Pedro el Ermitaño y otros predicadores populares, porque ninguna de las fuentes conservadas dice que lo fuera. Los cordobeses se soliviantaron a causa de los sermones pronunciados por unos franciscanos de origen portugués —como algunos de los caballeros— que acompañaban al Maestre en su aventura. Un hecho que no es en absoluto sorprendente, habida cuenta de la actitud doble que la orden de San Francisco mantenía en relación al Islam: cruzada o misión⁸⁹.

Según Ladero el momento del año era el más propicio para este tipo de exaltaciones «y tal vez por eso la Crónica, poco precisa en otros elementos cronológicos, lo es tanto en este caso». En realidad no es tan precisa como parece. Ignoramos en qué fecha el Maestre envió su desafío y cuando recibió la respuesta. Tampoco sabemos cuándo partió de Alcántara para cumplir con su desatinado proyecto. Lo único seguro es que el lunes 30 de marzo de 1394 aún estaba allí: en esa fecha Martín Yáñez de Barbudo exime a los vecinos de la villa del diezmo de hierbas, pastos, dehesas y heredades, que acostumbraba a cobrar la orden⁹⁰. De acuerdo con el *Cronicón Cordubense* el Maestre hizo su entrada en Córdoba el 15 de abril, Miércoles Santo, pero no se sabe si prosiguió su viaje a Granada antes o después del 19 de abril, Domingo de Resurrección. El resto, ya es conocido: el domingo de Cuasimodo, 26 de abril de 1394, el maestre de Alcántara cruzaba la frontera camino de su último destino.

No está claro quiénes fueron aquellos cordobeses que se dejaron seducir por las prédicas de los frailes lusos. López de Ayala señala que, para evitar males mayores, los

⁸⁷ TORRES Y TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, II, p. 176.

⁸⁸ DRIESSEN, Henk. *On the Spanish-Moroccan Frontier. A Study in Ritual, Power and Ethnicity*. New York—Oxford, 1992, p. 20.

⁸⁹ Recordemos a los misioneros franciscanos Juan Lorenzo de Cetina y Pedro de Dueñas, que en 1397 padecieron martirio en Granada. CABANELAS RODRÍGUEZ, ofm., Darío. «Dos mártires franciscanos en la Granada nazarí: Juan de Cetina y Pedro de Dueñas». *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, 1985-1986, vol. 5-6, pp. 159-175. Ver, además, *Coronica de Enrique III*, p. 105.

⁹⁰ PALACIOS MARTÍN, *Colección diplomática de la Orden de Alcántara*, I, doc. 737.

regidores de la ciudad permitieron que Martín Yáñez de Barbudo y los suyos tuvieran acceso al puente sobre el Guadalquivir. Quién sabe si por sus mentes pasó el recuerdo del pogromo de 1391; máxime si los «cruzados» estaban obligados a pasar cerca del alcázar real y, por ende, de la judería, o de lo que de ella quedaba. Pese a que su narración de los hechos del Maestre es extensa, el canciller sólo se muestra preciso en el aspecto caballeresco de la empresa. No puedo afirmar que fuera hostil a la presencia popular en la expedición o, lo que es más probable, que no comprendiera el sentido de la misma. Pero anota en su crónica que los nuevos reclutas procedían de Córdoba y su tierra. Y lo más desconcertante: después del desastre de Puerto Lope presenta al maestre de Santiago lamentándose por la pérdida de almocadenes y otros especialistas de la guerra fronteriza. ¿Se refiere a miembros de la hueste alcantarina, o incluye a la gente de la frontera que participó en la jornada, sabiendo, por experiencia, lo que era combatir al moro? Desde luego, no parece que se tratara de grupos marginales.

La movilización andaluza tampoco estuvo relacionada con una derrota militar ante los musulmanes. Desde la entronización de los Trastámara en 1369 la paz reinaba en la frontera con Granada, al menos la paz «oficial». Porque la «guerra sorda» —según la expresión acuñada por Francisco Cascales en el siglo xvii— estaba más viva que nunca⁹¹. Recordemos que en 1319 el infante regente D. Pedro quiso liberarse de los pactos suscritos con Ismail I de Granada al devolverle las parias ya cobradas. Pero el nazarí no quiso recibir las y apeló al juicio de Dios. El infante, indignado, declaró que no sería hijo del rey don Sancho, si dándole Dios vida, «non fiziese que la casa de Granada fuese tornada a la Corona d'España, e que los fijos dalgo de Castilla labrasen todos e criasen»⁹². Es posible que ese fuera el sueño de quienes siguieron al Maestre en la postrera etapa de su viaje: cultivar la tierra y criar ganado en paz. Para ellos Granada no era una ciudad simbólica, tal y como Jerusalén lo fue para los cruzados y peregrinos. Era una ciudad real, cuya conquista traería la desaparición de la frontera. No es de extrañar, pues, que la visión de la Puerta de Elvira —por la que entraban o salían quienes venían de Castilla o iban a ella— fuera considerada un anuncio de la victoria final.

⁹¹ LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique. «Los jueces de las querellas». *Edad Media. Revista de Historia*, 2010, vol. 11, pp. 173-201.

⁹² Cf. *Gran Crónica de Alfonso XI*, edición de Diego Catalán, Madrid, 1976, I, pp. 310-312. La cursiva es mía.